

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE PEDRO GANDOLFO

Academia de Ciencias Políticas, Sociales y Morales

- Me hace particularmente feliz presentar a Pedro Gandolfo. Partiendo por una relación que me era desconocida, y que me llenó de ternura. Estudió en Talca, en el colegio Blanco Encalada de los hermanos de La Salle, donde, 50 años antes, mi propio padre hizo interno sus humanidades, venido de tierras más lejanas y erosionadas que las maulinas. Pero el paso por el colegio es más bien una anécdota en la vida intelectual de Pedro.
- Pedro ha tenido la sabiduría de permanecer sabiamente apegado a la tierra ancestral del Maule, colmada de una sabiduría antigua, en que el pasado vive con persistencia en el presente; tierras a las que sólo se saca favor con industria e ingenio, pero dotadas de una apacible belleza, que une el tiempo presente con el continuo del pasado y del futuro.
- A la elección de la memoria como tema de su precioso discurso de incorporación subyace por cierto esta experiencia biográfica. Sus raíces en esa tierra que están presentes como memoria, como Illiers - Combray en su amado Proust. Sólo que en su caso nunca hubo el desprendimiento de Proust, en que el recuerdo de la infancia sólo se reconstruye en la nubosidad del pasado no replicable. Siguiendo a Gabriela Mistral, Pedro dice que la niñez en el campo tiene la ventaja de que se aprenden las cosas antes de conocerlas por su nombre. Su familia, asida a esa tierra ondulada, supo cultivar esa sabiduría que permite distinguir las mil tonalidades de la luz y de la brisa, gozar con las cosechas y sentir el trascurso del tiempo de una manera que nuestra civilización urbana ni siquiera sospecha.
- Pero sería imposible una reflexión como la que hemos escuchado si el espíritu de nuestro nuevo académico no tuviese por fuente la exuberante tradición cultural que lo nutrió, como a tan pocos en su

generación. Una tradición residente en un terreno cultural y espiritual europeo, que afirma la experiencia estética, literaria y plástica, y el discernimiento del sentido como aspectos constitutivos de una buena vida. El canon de lecturas de su familia estaba definido por la idea de que existe algún criterio para distinguir lo sublime de lo corriente. Para Pedro fue natural desde temprano la lectura de los clásicos, de los que han pasado la prueba de generaciones. Y eso lo llevó, ya de adulto, a tomar clases privadas de griego y latín con María Angélica Jofré, para poder acceder a esos clásicos en su idioma original, incluyendo la lectura de los evangelios en *koiné*, el griego helenístico original en que fueron escritos. Gogol, Dostoievski, Tolstoi y Chejov (el más parecido a él de los grandes rusos), eran lecturas incorporadas a ese canon familiar, pero también lo fueron Cortázar, Borges, Donoso (que escribía sobre experiencias del campo talquino) y los grandes del boom latinoamericano.

- Desde la provincia, llegó a fines de los 70 a la facultad de Derecho de la Universidad de Chile, donde tuvo algunos muy buenos profesores, como nos ha ocurrido a todos los que hemos pasado por ella; pero, más que nada, en una época de forzada uniformidad, conoció el fondo diverso y común de nuestra sociedad chilena ilustrada. Sin embargo, derecho no era en esa época lugar para sensibilidades finas. Decidió estudiar simultáneamente filosofía, en el antiguo campus de La Reina, y reconoce que allí descubrió una manera más dialogada y reflexiva de hacer universidad. Como había ocurrido a su ingreso, al aprobar ambas licenciaturas obtuvo, sin aspaviento alguno, las más altas calificaciones.

Por muchos años ha sido profesor de introducción al derecho en la Universidad de Chile, pero su principal cara exterior como intelectual es la arena pública de El Mercurio. Ingresó hace muchos años al comité de redacción y luego fue por algunos años fue director de Artes y Letras de El Mercurio; pero la de editor no es su vocación, y tampoco su mayor destreza. Sus columnas tienen un tono evanescente ajeno a la asertividad vacía de razones de la horda inculta que suele llenar el espacio público. Gandolfo llama a pensar y a mirar con él la realidad

con un prisma jamás banal. Hay que acomodarse en la silla para disfrutarlo, con más tiempo que el usual, para la lectura de los tres mil caracteres de una columna. Nunca se puede predecir lo que va a decir, porque es amplio el ámbito de cuestiones que ha penetrado con su profunda mirada. La mala educación y la aún peor política educacional, así como las instituciones puestas prueba por un discurso irreflexivo, ocupan un lugar muy importante en sus intereses. Pero lo hacen desde la mirada de las humanidades, de la cultura humana en su sentido más preciso. Esperemos que se concreten sus propósitos más inmediatos se dirigen a escribir un ensayo sobre educación y una biografía literaria.

- Pedro Gandolfo trata de explicarse el mundo que nos rodea más a tientas que con certezas. Su estilo de pensar es apropiado a la columna, a mitad de camino entre el aforismo y el ensayo. Hurga en las fronteras del lenguaje para mostrar, con la mayor sutileza, una idea o una experiencia. Las fronteras de la filosofía y de la ficción suelen ser difusas en sus crónicas. Su pluma es erudita pero nunca pedante, porque su extenso horizonte cultural aflora con modesta naturalidad. No quiere demostrar a cada paso su perspicacia o erudición. Tiene la humildad que suele acompañar a la sabiduría.
- Desconfiado de la abstracción, no es raro que le sean cercanos Aristóteles, los estoicos latinos, Montaigne, cuya huella reconocemos en el estilo de sus escritos, Pascal, y el Wittgenstein tardío, preocupado del sentido más que de la denotación empírica de sus primeros escritos. Y más que nada, es cercano a Proust, que, él mismo reconoce, marca un antes y un después en su vida. Proust, nos ha dicho Gandolfo, considera el devenir del tiempo que fluye lentamente, y nos hace cambiar sin que lo percibamos, de modo que su desgarrado corroer nos pasa inadvertido.
- Sus opuestos intelectuales son la tradición positivista, que reduce la experiencia a hechos inermes. No porque le niegue valor, sino porque nada le resulta más ajeno que su pretensión de monopolio de la verdad; y también, por cierto, están en sus antípodas los historicismos

que postulan la interpretación de la historia a la luz de una teoría social abstracta que aspire encontrarle un curso inexorable. Su discurso de incorporación nos muestra exactamente la posición inversa. El elogio a la memoria es una invocación de lo particular, de lo evanescente de nuestra experiencia, de la complejidad de la comprensión de la realidad. Para decirlo en pocas palabras, le resulta cercano concebir la democracia como un camino de ensayo y error, y nada más lejano que entenderla como principio legitimador de una acción colectiva desbocada.

Es un intelectual que está en la plaza para enriquecernos con una conversación ilustrada, que podría prolongarse por toda la mañana. Es la actitud con que habla de educación, de historia o de nuestras instituciones. Su mirada es la de quien cree que es posible distinguir comunicativamente lo excelente de lo mediocre, una cultura superior de una chata y condescendiente. No reta a nadie, pero abre camino al bien pensar. No es de lectura masiva, pero también en nuestro tiempo se requiere que haya quienes nos muestran una senda más sabia.

- Un cierto escepticismo es connatural a la actitud intelectual más profunda de nuestro nuevo académico. Pero esto no significa, para él, renunciar a la búsqueda de la verdad. De una verdad que es tarea de nuestra disposición práctica, comunicable, comprensible por los demás, y que no es reducible a pura subjetividad. La pregunta por una buena vida pierde sentido si toda discusión a su respecto es tomada como una tarea vana. El argumento, la imagen, la parábola, que apuntan al acto comunicativo de comprender, tienen en Gandolfo la virtualidad de acercarnos a una comprensión de lo que nos importa, como personas, esto es, como individuos que vivimos en una sociedad que no renuncia a discernible lo bello y lo correcto.

El páramo público en que estamos parados tiene mucho que aprender de espíritus sensibles, cultivados, y también apegados a la realidad, como el de nuestro nuevo académico. La mezcla de extrema

subjetividad en la vida personal y de ideología vana explica buena parte del vacío de sentido que vivimos en nuestro propio país.

- Esto me lleva a mirar las ventajas de la actitud pluralista de Pedro Gandolfo. La reflexión antropológica más básica nos hace compararnos con otros seres de la creación. El lobo tiene características que podríamos calificar de humanas por analogía, como la hiena tiene las contrarias. Sin embargo, ésta es simplemente su respectiva naturaleza. Sólo entre los hombres encontramos lobos y hienas, águilas y palomas. La pluralidad nace de nuestra indefinición instintiva, que abre una multiplicidad de opciones a nuestras formas de vida. La biología nos hace adaptables, inventivos, diferentes. ¿Nos hace eso incommunicables?

Se tiende a pensar que es plural una sociedad en que conviven gentes que tienen, cada cual por su lado, una visión cerrada del mundo, de la sociedad, de la vida. Para personas como Pedro Gandolfo el pluralismo enriquece sólo en cuanto se asuma un cierto escepticismo acerca de la precisa determinación de lo correcto. La actitud pluralista supone aceptar como normal la duda y, sin embargo, argumentar en favor de lo que se cree.

Sólo con esa actitud, que rechaza una actitud puramente defensiva del tesoro que se tiene para sí, sino exige bien pensar, es posible ir más allá del mero vivir *al lado* de los otros, sino convivir fértilmente con ellos. Pedro comparte sin duda el juicio de su querido Montaigne, en orden a que la presunción es nuestra enfermedad primigenia y natural, pues a pesar de ser los seres más frágiles y vulnerables, somos de lejos los más arrogantes. Para personas como Pedro resulta absurda, y en el fondo candorosa, la certeza con que evolucionistas niegan a Dios, simplemente porque normalmente está basada en una renuncia a aceptar la pregunta por el sentido que trascienda la explicación.

- Vivimos una época en que todo se cuantifica y poco se sopesa. Claro que la cuantificación es necesaria. Hasta para medir los avances en el

más sutil de los avances como es una buena educación. Pero hay algo que no se mide. Wittgenstein no habría pasado la prueba de las publicaciones ISIS. Y es probablemente el más grande genio filosófico del S. XX. Simplemente porque no fue el erizo descrito por Berlin, que tiene una respuesta simple y cierta, que esconde como un tesoro y defiende como una fiera. El mismo Wittgenstein llegó a decir que la ética era demasiado importante para referirla con palabras. Y luego nos mostró que para descubrirla teníamos que atender a las formas de vida que dan sentido a nuestra existencia. Y el sentido no se mide, sino se construye como un tejido en nuestra vida de relación.

- Para Pedro tiene más duda el que cree que el que no cree. Quien cree se plantea la pregunta por la inconmensurabilidad a partir de su propia debilidad. Significa pararse frente al mundo en una actitud de pregunta por lo que hay tras las frecuencias de las ondas físicas que nos permiten ver y escuchar. Hay más preguntas en esa actitud, que en la negación radical de la trascendencia. Por eso, suelen ser más apodícticos, especialmente en nuestros días, los que niegan cualquier sentido trascendente que quienes lo afirman. El minimalismo de Pedro Gandolfo, que reside en océano a la vez escéptico y abierto a la verdad.
- En este día en que la naturaleza se expresa con tanta vehemencia, en el cobijo de esta Academia le damos una cálida bienvenida a nuestro nuevo miembro del número, que trae consigo virtudes que enriquecen el diálogo ilustrado, que está en el ADN de esta institución.

6 de julio de 2015